

| Juan Guillermo Tejeda

Profesor | Professor
Escuela de Diseño/Universidad de Chile
Santiago/Chile

CIUDAD ABANDONADA

[ABANDONED CITY]



resumen_ La experiencia personal e íntima de la ciudad es inseparable de la comprensión que cada cual tiene de ella. Una lectura de lo vivido y lo observado, considerando tanto su historia colonial como la comparación con las ciudades mediterráneas clásicas, permiten en este caso una visión no técnica, sino más bien interdisciplinaria de Santiago de Chile: se trata de una ciudad abandonada por sus propios habitantes, de una ciudad residual y de fundación débil, con una población históricamente segmentada. Además, Santiago carece de estructuras fuertes de gobierno. Queda en ella sin resolver la disyuntiva entre el modelo mediterráneo clásico, de sello republicano, y el modelo urbano anglosajón, más liberal y privatizador. El crecimiento desordenado de la ciudad, propio de la fluida proliferación contemporánea, no obedece a intervenciones de la ciudadanía y escapa a las regulaciones. Las actuales demandas por calidad en los espacios públicos presionan, sin embargo, hacia un nuevo escenario de mayor cuidado y preocupación por la ciudad. Lo público debe salir del armario.

palabras claves_ Santiago de Chile | espacio público | ciudad mediterránea | gobierno de la ciudad.

Cada uno ve la ciudad desde su casa, a partir de su propia experiencia. La ciudad de mi infancia fue geométrica, gris, tristonca, casi inmóvil, y a través del amplio cristal de la ventana, en el quinto piso de un edificio céntrico, la miraba yo con ojos de niño abandonado, como si sus calles me fueran a dar algo. El centro fue el territorio de mis primeras escapadas a pie, por la Alameda aún señorial hacia el poniente donde estaban mi colegio, el Liceo Alemán, y las casas de mis compañeros, o hacia la avenida Bulnes o San Diego, en busca de libros prohibidos, o por las galerías y calles del sector más ajetreado alrededor de la Plaza de Armas. Pronto me di cuenta de que Santiago era una ciudad brumosa, triste, húmeda en invierno, polvorienta en verano, poblada de gente mal vestida y mal tratada. ¿Por qué me había tocado nacer aquí?, pensaba. Cuando salía yo de nuevo a la luz desde los cines, que quedaban casi todos en Huérfanos, mi cabeza estaba llena de rascacielos neoyorquinos o de palacios europeos, y me encontraba con las veredas sucias de baldosa fiscal, los quioscos de paltas, aquel ánimo castigado y tramposo, provisional, tan santiaguino. Con todo, me maravillaba entonces, y me sigue maravillando hoy, el ruido sordo de la calle, esa multiplicidad de personas, aquel complejo tejido de emprendimientos, viajes, construcciones, aventuras, conversaciones, transacciones o amenazas.

A los 26 años cambié de ciudad. Entré a Barcelona por el puerto, y no podré olvidar jamás el sentimiento de restitución que experimenté al ver aquel plante, esas avenidas anchas, el mobiliario urbano bien puesto, los edificios trasuntando tiempo y épocas pasadas desde las ruinas romanas hasta la modernidad de entonces —años setenta—, pasando por el románico, por las generosas muestras de gótico, los toques barrocos, el noucentismo de la era industrial, en esa sucesión de capas que es lo que, según entendí tras ver aquello, constituye propiamente a una ciudad.

Pensé entonces con candidez que en verdad yo no era un chileno ni un santiaguino, sino un europeo trasapelado por caprichos de la historia o de la geografía en las miserias sudamericanas de Chile. Santiago había sido una antesala, un error, una mala copia desvaída y mezquina de las ciudades reales, a las que pertenecía. El trato con la gente me convenció a los pocos meses de otra cosa: yo no era de allí, y así era visto, como un modesto sudamericano, y no es que no fueran cariñosos y hasta generosos conmigo; todo lo contrario. Simplemente no era posible desmentir asuntos tan gruesos como mi origen, mi formación, mi estructura mental, mi modo de andar y de vestirme, los modales, el idioma... La improvisación de Santiago, su precariedad y tristeza estaban adheridos a mi piel.



abstract_ The personal and intimate experience of the city is inseparable from the comprehension that anyone has of it. A lecture of what has been lived and observed, considering both its colonial history and the comparison with other classic Mediterranean cities, in this case permits a non-technical and more inter-disciplinarian view of Santiago: It is a city abandoned by its own inhabitants; a residual city with weak foundation and with a population that has been historically segmented. Santiago also lacks strong government structures. It still remains to resolve the dilemma between the classic Mediterranean model of republican bent and the more liberal and privatizing Anglosaxon urban model. The disorderly growth of the city, typical of fluid contemporary proliferation, does not obey the interventions of the public and evades regulations. However, the current demand for quality in public spaces is calling for greater care and concern for the city. What is public should come out of the closet.

keywords_ Santiago de Chile | public space | mediterranean city | city government.

Así fueron para mí los años setenta y ochenta. Hoy, ya de vuelta, vecino de la comuna de La Reina desde hace casi dos décadas, debo convivir con esta ciudad mía a la que quiero y desprecio, a la que entiendo como nadie sin que llegue a entender por qué es así. Soy parte de ella, santiaguino hasta la médula. Percibo vagamente su forma amplia y pentagonal hecha de periferia acumulada de cualquier manera, y veo esos detalles malditos, los perros vagos, las botillerías nocturnas de luz amarillenta, las esquinas desvalidas, los rascacielos ridículos remedando una metrópolis inexistente, los condominios y nuevos barrios añadiendo materia de estilo extranjero y caos a la ciudad.

Santiago es hoy una ciudad grande, pero no es una gran ciudad. Nunca lo ha sido. Incapaz de encarar con la debida dignidad su propio destino, ha acumulado una larga deuda consigo misma. Sus orígenes fueron débiles, y estuvieron marcados por algo que podríamos llamar subsidiariedad, por una tendencia a ser periferia de sí misma. En 1541, Pedro de Valdivia fundó la ciudad porque no podía dejar de hacerlo —era parte de su trabajo— y lo hizo según las ordenanzas, aplicando el diseño de planta cuadrículada que dibujó a cordel el alarife Pedro de Gamboa. Alfredo Jocelyn-Holt, siguiendo a Vicuña Mackenna, destaca la precariedad inicial de Santiago, su carácter de cam-

pamento trasero, de alojamiento. Para invadir, conquistar y colonizar un territorio era indispensable contar con ciudades, pero lo que importaba no era en cada caso la ciudad misma, sino más bien la infinita e inquietante geografía en que se hallaba inscrita, y sobre todo el avance militar en la Frontera. Los conquistadores trataban de llegar al Estrecho de Magallanes. No es casual que Valdivia sucumbiera no en Santiago, sino en Tucapel: es allí, en el sur, donde estaba el drama, allí los mapuches pusieron fin a la vida del conquistador sin que se conocieran jamás los detalles.¹ Aunque haya sido varias veces destruida y amenazada, Santiago no fue una plaza relevante durante la guerra de Arauco. Ercilla apenas la menciona. El barroco español, que se despliega con majestad y espíritu festivo en Madrid, Valencia o Sevilla ofreciendo Fiesta, poder y arquitectura² a una sociedad estratificada y sometida al doble dominio del monarca y de la Iglesia, llega a Chile ciertamente, pero sus ecos en el Santiago colonial son débiles. La plaza mayor, la catedral, los paseos, no tuvieron en nuestra ciudad el plante suficiente, el Cabildo se mostraba siempre afligido por los recursos, y todo ello hacía que la riqueza y la magnificencia se mostraran de manera modesta, lo que es un contrasentido: lo grande disminuido deja de ser grande. Con todo, la fiesta ocurre en Santiago como evento religioso o político: hay desfiles, entradas

triumfales, carrozas, escenarios públicos, y de ello dan cuenta, aunque morosamente, algunos de nuestros historiadores.³

Hace algunos meses, haciendo una escala en Toronto, fui interrogado de manera extremadamente prolija por unos agentes de inmigración de ojos amarillentos, y tras el mal rato, perdida la mirada en el hall del aeropuerto, reparé en una librería. Allí vi un libro de Orhan Pamuk, un autor al que me siento cercano. *Istambul*⁴ es la historia de la ciudad, pero es al mismo tiempo la historia del niño que fue entonces Pamuk, más o menos contemporáneamente a mi propia infancia. Una historia en blanco y negro, muy de clase media, aunque con la grandeza de fondo de una ciudad caída, de un imperio desvenecijado. Hay allí percepciones urbanas, detalles y olores como los que aún llevo vivos de mi propia infancia y de mi propio barrio, donde no parece haber línea divisoria entre la casa y la calle. Santiago no ha sido capital de un imperio, ciertamente, pero fue parte trasera o periférica de uno, y entre mi gente he notado también esa vaga nostalgia por un pasado quizá esplendoroso: historias de fundos perdidos, de apellidos o parientes importantes, todo ello ante una taza de té y un modesto trozo de marraqueta con dulce de membrillo...



En su brillante lectura de Tito Livio, Maquiavelo apunta que las ciudades son edificadas por hombres nacidos en los lugares donde se construyen o por forasteros. Atenas y Venecia —afirma— son ejemplos de ciudades del primer caso, y que se constituyeron para que los dispersos habitantes de aquellas comarcas pudieran disfrutar de mayor seguridad ante los enemigos. En cambio las ciudades coloniales, tan abundantes en la época del helenismo, son típicamente fundadas por forasteros. Quizá haya sido Alejandría la más notable. Establecida por Alejandro a su paso por Egipto, fue gobernada durante 300 años, hasta Cleopatra, por la dinastía de los Tolomeos. Ciudad griega enclavada en la desembocadura del Nilo, en un Egipto sometido militar y económicamente, Alejandría es un ejemplo de esplendor casi exhibicionista y al mismo tiempo, de relevante irradiación cultural y espíritu festivo. “Cuando entré en ella por la puerta que llaman del Sol me hallé ante la hermosura incomparable de la ciudad”, narra uno de los protagonistas de la novela *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, añadiendo: “Quedaron deslumbrados mis ojos... La belleza de la ciudad competía con su extensión y el número de habitantes con su amplitud... la ciudad era mayor que un mundo y sus habitantes más numerosos que los de una nación”. Pero más allá de la capacidad de maravillarse arquitectónicamente, Alejandría fue sobre todo un hervidero humano, un espacio para la fiesta, el carnaval, el desfile, una plaza que la gente próspera del mundo griego y romano debía visitar para disfrutar de sus placeres y sus vicios.

Estrabón, que se maravilló como muchos ante los espectaculares espacios públicos de Roma, alaba a los romanos por su sentido funcional: “Si los griegos tienen fama por haber sido exitosos en la fundación de ciudades en todo lo que se refiere a belleza, fuerza en el emplazamiento, puertos y suelo productivo, los romanos fueron mejores en otros aspectos de los que los griegos se cuidaban poco, como la construcción de caminos y acueductos, y los alcantarillados que vaciaban la suciedad de la ciudad en el Tíber”.⁵

Barcelona heredó de sus grandes modelos mediterráneos el amor por el espacio público y la fiesta, la firmeza y consistencia del gobierno urbano, la vida cívica activa, y la permanente discusión y cuidado de los servicios. Fue inicialmente una colonia romana. Es esa la Barcelona esplendorosa (y siempre un poco provinciana) en que me tocó vivir, especialmente después del franquismo, ya en democracia, cuando la calle, la noche y lo festivo dejaron de estar bajo sospecha. Santiago fue también una ciudad fundada por unos cuantos forasteros en una amable comarca habitada entonces por unos ochenta mil naturales del lugar.⁶ El enfrentamiento entre los forasteros y los naturales duró 300 años, y marcó una división profunda que hasta ahora no se repara. Uno de sus costos ha sido la dificultad de lo público: el desarrollo de lo público requiere de un mínimo de homogeneidad económica, cultural y social.

Estoy convencido de que el éxito y la apostura de las ciudades derivan no tanto de los recursos, que

también ayudan, sino sobre todo del modo como se vive la ciudadanía.⁷ La ciudadanía es en Santiago un concepto retórico, alejado de la realidad, y además casi imposible de practicar: no hay dónde, no hay cómo, no hay con quién. Los santiaguinos no nos sentimos propietarios de los espacios públicos, ni consideramos que ser sus dueños nos vaya a traer mayor beneficio. Identificamos lo público con lo mal administrado, con funcionarios perezosos o corruptos de pantalones color café y suéter gris. Nos han educado como miembros auténticos o no tan auténticos de la oligarquía⁸ (cuyos vicios históricos han sido la soberbia y la hipocresía), o como súbditos, eso que llamaban antes el “pueblo” y ahora la “gente” (cuyos vicios históricos han sido el resentimiento y la fatalidad, quizá también el arribismo). De este corte social profundo, originado en el trauma de la fundación, proviene tal vez parte considerable de la imposibilidad orgánica de hacer ciudad.

No es difícil constatar que el gobierno urbano de Santiago no es, en rigor, gobierno. Las autoridades teóricamente responsables, esos alcaldes que tanto se esmeran por resolver “los problemas concretos de la gente”, no han aparecido para nada durante la crisis de transporte público de los últimos meses. Si no han estado allí, ni están tampoco presentes en los grandes temas transversales de la contaminación, de la seguridad, del crecimiento incontrolado o de la segmentación creciente entre barrios... ¿de qué sirven? Claramente, no son ellos quienes están a cargo. A lo más ejecutan modestas



labores de administración. Tampoco es relevante el intendente, que desde el punto de vista del gobierno urbano, no pasa de ser un modesto jefe policial.⁹

Pero Santiago no sólo sufre de un pasado histórico de fundación débil, de una división profunda entre dos grupos diversos y hostiles de pobladores, y de una incapacidad —o falta de voluntad— política para constituirse como asociación de ciudadanos.

También influye en su condición residual una permanente oscilación entre dos modelos de ciudad. El modelo de ciudad mediterránea —inclusivo, republicano, centrado en el espacio público— ha ejercido y ejerce tanto poder de seducción sobre los santiaguinos como el modelo anglosajón, más individualista, privatizado y con un fuerte cordón umbilical con la naturaleza. Ya aparece esta dualidad en la Europa clásica. “Es de sobra conocido que los pueblos germanos no habitan en ciudades; ni siquiera soportan que sus casas estén agrupadas. Dispersos y separados, viven donde les haya complacido una fuente, un campo o una arboleda”, leemos en *Germania*, de Tácito.

Se ha dicho que los anglosajones de nuestros días sencillamente carecen de ciudades en el sentido de la *civitas* latina o la *polis* griega. Lo que hay en Estados Unidos o Canadá son aglomeraciones humanas, conurbaciones, suburbios, pero no aquello de lo que hablaba Ortega y Gasset: “La urbe es, ante todo, esto: plazuela, ágora, lugar para la con-

versación, la disputa, la elocuencia, la política”.¹⁰ Una ciudad sin plazas, carente de espacios públicos, es para la mentalidad mediterránea una no ciudad, una simple agregación de cosas carente de estructura, más parecida a Babilonia que a Roma. La ciudad que se planifica y aquella otra que simplemente ocurre son dos modelos antagónicos, y lo que hoy vivimos en el diseño urbano o en la concepción política de nuestras ciudades es fruto de ese combate ciego.

Un pequeño libro de Richard Rogers, muy bonito por lo demás, me transporta de nuevo a las ciudades europeas. Rogers, aunque anglosajón y preocupado de los recursos naturales (una preocupación que hoy se ha hecho planetaria), recoge con fuerza la tradición urbana mediterránea: “Paseando por los grandes espacios públicos de Europa —la galería Vittorio Emmanuele de Milán, las Ramblas de Barcelona, los parques de Londres o los barrios y plazas de tantas otras ciudades— me siento partícipe de la comunidad ciudadana. Los italianos tienen incluso una palabra que describe la disposición de hombres, mujeres y niños a relacionarse con el espacio público mientras rondan calles y plazas al atardecer: la *passeggiata*”.¹¹

Santiago, en cambio, no invita a pasear. En esta ciudad de crecimiento feroz conviene más ir apertrechado en el propio vehículo. La “comunidad ciudadana” de que habla Rogers parece no existir. Lo que hay son guetos, barrios, culturas disímiles, picardía, desconfianzas, excitaciones. Lo que domina

es un grupo de elite que puebla dos o tres comunas, dejando el resto como periferia a sus espaldas: ese grupo de elite no cree en el espacio público, porque no considera posible que una misma diversión o un mismo paseo puedan contenerlos a ellos y a esos otros a quienes desprecian y temen. Su actitud es de fuga hacia adelante. Han dejado atrás los barrios de Santiago poniente para emigrar a Providencia o Las Condes, y desde ahí salen nuevamente rumbo a Vitacura o La Dehesa: lo que cuenta es no mezclarse con los arribistas que les pisan los talones. Esta política de apartheid soterrado se encarna en el legado de la dictadura: municipios segmentados, con espacios públicos de muy diversa categoría, y ojalá sin espacio público. Muchos autos y ojalá pocos peatones, más malls que parques, y un espíritu enervado, comercial, policial, distante de los demás. La privatización total —un delirio específicamente chileno— sería la garantía para no convivir nunca más con las mayorías indeseadas de la ciudad, con aquel grupo humano que en tiempo de Vicuña Mackenna habitaba la periferia, a la que el activo intendente¹² describía como “una inmensa cloaca de infección y de vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte”. Aquello, según sus cálculos, era equivalente en número a “la ciudad ilustrada, opulenta, cristiana”.

La ciudad sostenible, argumenta Rogers, no debe zonificarse, sino compactarse. Si desde la casa se puede ir al trabajo o al colegio en bicicleta, y al cine caminando, se generan barrios activos, variados, bulliciosos, más seguros.



Las teorías de Rogers, y de otros tantos promotores de la ciudad sostenible, chocan con la vitalidad de lo que algunos llaman la “metaciudad” contemporánea: aquella fuerza oscura y proliferante de los malls, los supermercados, los aeropuertos, las autopistas urbanas, los condominios. En el Diccionario Metápolis de arquitectura avanzada, un grupo de arquitectos encabezados por Manuel Gausa describe con simpatía esta ciudad no planificada, que se adapta de manera animal o vegetal a las solicitaciones dispersas, y que opera a través del mercado, una ciudad macdonalizada a la cual, todo hay que decirlo, le tengo yo también algo de aprecio. Me seducen su vitalidad de leopardo, su oportunismo, su candidez devoradora. Vagar por un mall buscando la magia de alguna marca, recorrer un supermercado para salir de allí empujando un carrito cromado lleno de envases de colores en bolsas plásticas, experimentar la delicia de un cajero automático echando billetes por la boca, son emociones primarias a las que no quisiera renunciar...

La ciudad aparece, afirma Manuel Gausa, “como un sistema elástico y vibrátil definido por relaciones de movimientos y acontecimientos, entrelazados y autónomos a la vez. Un sistema multifacético de redes de articulación y capas de información, de perfiles vagos, fluctuantes y variables”. Es la ciudad digital, la urbe arracimada, ese espacio de no lugares de que habla Marc Augé, aquella ciudad que según García Canclini

contiene varias ciudades, la apasionante cháchara visual de Rem Koolhaas.³³ No estamos ya ante un conjunto de edificios, sino que navegamos en un lugar de lugares, o una red de flujos. No son ya los rascacielos más o menos grandes o las plazas, sino las vías de circulación aquello que estructura el espacio urbano. Por encima del gobierno de la ciudad (inoperante en muchas urbes, inexistente en el caso de Santiago) y de los ciudadanos (pasivos, distraídos), se desenvuelven dramáticamente nuevos episodios de macro o micro urbanismo protagonizados por consorcios, empresas, agentes, lobbistas, capitales foráneos... La forma y el tono de las ciudades se han vuelto incontrolables.

Pienso a veces que Barcelona me acogería de nuevo, quizá, como ciudadano, aunque pese a los 14 años allí vividos mi historia profunda no está allá, y aquella ciudadanía sería para mí un envoltorio amable, pero no mío. Me imagino a Pedro de Valdivia fundando esta cosa, poblándola (era más bien eso, agregar gente, sumar población), y desentendiéndose de ella como nos hemos desentendido después todos. Santiago agrupa a la mitad del país y se llama “ciudad” sin serlo, aunque en el nombre hay ya dificultad. ¿Es una región? ¿Una ciudad? ¿Una comuna? Sigue siendo en rigor apenas una población, un conjunto heterogéneo y residual de espacios urbanos, una masa contaminada y segmentada de materia, energía y gente que se ve sacudida hoy por las vibraciones eréctiles de la globalización.

La crisis del transporte público ha servido para recordarnos que existe algo denominado transporte público, en lo que durante muchísimos años nadie pensó. La solución que se adivina quizá no responde ya al patrón de “una ciudad, dos clases sociales”, de tal manera que los pudientes circulen en sus automóviles particulares y el resto en alguna asquerosidad residual. La presión económica y social de los diversos grupos que componen la ciudad, el influjo de la globalización, el propio crecimiento del país, apuntan hacia servicios públicos de calidad, a sistemas homogéneos y no segregados, para todos. El metro está dejando de ser un transporte público de gente bien. El creciente parque de vehículos agobia las calles y bloquea también —los ricos también sufren— a los autos y jeeps de mayor precio.

No existen en este tema, ni en otros de relevancia, las herramientas administrativas o políticas para que la ciudad pueda fijarse un horizonte deseable y caminar hacia él. Sin un gobierno urbano fuerte y dinámico, sin espacios públicos de calidad, sin conversación ciudadana, esta ciudad seguirá navegando de cualquier manera, empujada por espasmos publicitarios, por presiones diversas, por bucles confusos.

Quizá uno de los temas más relevantes de lo que hoy discutimos como sociedad sean los espacios públicos. La gente, el pueblo, los ciudadanos (o como se llame aquello que somos) está requiriendo persistentemente espacios públicos de calidad.



JUAN GUILLERMO TEJEDA Licenciado en artes de la Universidad de Chile. Ha enseñado diseño en la Escola Massana y en la Escola Elisava, ambas de Barcelona; en la Universidad Diego Portales y en la Escuela de Diseño de la Universidad de Chile, donde tiene jerarquía de profesor asociado. Profesionalmente ha colaborado como director artístico o productor de textos o imágenes en diversos proyectos de innovación: Pabellón de Chile en Expo Sevilla 92, hoteles Explora, Supermerc'art, revista *Diseño*, *The Clinic*, *El Pluralista*, *Artefactos*, de Nicanor Parra, etc. El 2000 ganó, junto a Marisol González, el Premio Altazor de Diseño. Premio al mejor ensayo 2002 del Fondo del Libro y la Lectura por "Allende, la señora Lucía y yo". En 2006, publicó en Editorial Paidós de Barcelona, su *Diccionario crítico del diseño*. Es director de la *Revista Chilena de Diseño* y del *Boletín Académico* de la Universidad de Chile.

Bachelor of Art from the Universidad de Chile. He has taught design at Escola Massana and Escola Elisava, both in Barcelona; in Universidad Diego Portales, and in the Escuela de Diseño of Universidad de Chile, where he acts as an associate professor. He has worked professionally as art director or producer of texts or images for various innovative projects: the Chile stand at Expo Sevilla 92, Explora hotels, Supermerc'art, Diseño magazine, The Clinic, El Pluralista, Artefactos, for Nicanor Parra, etc. In 2000 he won the Altazor design prize with Marisol González; and in 2002 he won the best essay prize from the Fondo del Libro y la Lectura for "Allende, la señora Lucía y yo". In 2006 he published the Diccionario crítico del diseño with Barcelona publisher firm Editorial Paidós. He is director of the magazine Revista Chilena de Diseño and Boletín Académico of the Universidad de Chile.

Después de las crueles batallas intestinas del allendismo-pinochetismo, el espacio público quedó como un tabú en nuestro país, y lleva así varias décadas, guardado en algún lugar del clóset. Y de allí debería salir. Durante décadas, lo público se ha concebido sólo como un subsidio caritativo para aquellos que no logran arreglárselas de manera privada, sea en educación, salud, pensiones, transporte, seguridad, ocio o cualquier otra dimensión de la existencia. Esta visión ideologizada y rígida está haciendo aguas. Se percibe con claridad una amplia demanda de calidad en lo público, porque esa calidad genera una instancia ciudadana de igualdad. Lo público no como propina, sino como creatividad social, como proyecto colectivo, como zona paralela a lo privado. Tratándose de bienes públicos, la calidad se transforma en equidad.

Mi ciudad, la de mis padres y mis abuelos, aparece hoy ante mi vista como una enormidad residual, como una instalación caótica, segmentada, descentrada y enteramente periférica. La mayoría de sus rincones son un castigo visual. Santiago es un organismo vivo con músculos de jaguar, corazón de gato, patas de perro y mirada triste. Habitamos una ciudad a medias, una ciudad tercermundista y sin gobierno que en lugar de crecer prolifera libremente, destruyéndose a sí misma a medida que se hace grande. Después de años de tener puesta la mirada en el país o en las regiones, quizá haya llegado la hora de preocuparnos un poco de Santiago. 180

► CITAS BIBLIOGRÁFICAS

- Según unos, a Valdivia, ya gordo por la edad, los mapuches lo habían hecho caminar un trecho para luego romperle la cabeza de un golpe de macana, abrirle el pecho y devorar entre los jefes presentes los trozos de su corazón sangriento; otros dicen que le habrían despellejado los brazos con conchas de almejas y después le cortaron la cabeza para pasearla en una pica. Sobre la precariedad de Santiago, ver: Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *Historia general de Chile II. Los cesares perdidos*, Sudamericana, Santiago, 2004.
- Sobre las fiestas urbanas del renacimiento y el barroco europeos, puede consultarse el volumen de Roy Strong *Arte y poder*, Alianza, Madrid, 1988, cuya sección de ilustraciones es sugerente. Ver también *Fiesta, poder y arquitectura*, de Antonio Bonet Correa, Akal, Madrid, 1990.
- Véase el texto de Isabel Cruz de Amenábar *La fiesta, metamorfosis de lo cotidiano*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1995, e *Historia del teatro en Chile*, de Eugenio Pereira Salas, Universidad de Chile, Santiago, 1974. En ambos casos puede uno vislumbrar un barroco santiaguino en clave modesta, escasamente documentado.
- Orhan Pamuk, *Istanbul*, Vintage Books, Nueva York, 2006.
- Sobre Alejandría, ver el cuarto capítulo de *Egiptomanía*, de F.J. Gómez E. y A. Pérez E., Alianza, Madrid, 2003, donde se citan textos clásicos poco convencionales y de interés. Los discursos sobre la primera década de Tito Livio pueden consultarse en: Nicolás Maquiavelo, *Obras políticas*, El Ateneo, Buenos Aires, 1957. De Estrabón confieso que tengo en mi biblioteca sólo los libros II y III de su *Geografía*, Editorial Gredos, Madrid. El V, del que he traducido sin mayor soltura la cita desde el inglés, puede consultarse en: <http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Strabo/5C.html>
- Es el cálculo que hace Alonso de Ovalle, en el libro quinto de su *Historia relación del Reyno de Chile*, Instituto de Literatura Chilena, Santiago, 1969.
- Sobre ciudad y ciudadanía he seguido desde hace años los pasos del geógrafo y urbanista catalán Jordi Borja. En sus palabras: "La ciudadanía es un estatus; es decir, un reconocimiento social y jurídico por el cual una persona tiene derechos y deberes por su pertenencia a una comunidad, en general, de base territorial y cultural. Los 'ciudadanos' son iguales entre ellos, en la teoría no se puede distinguir entre ciudadanos de primera, de segunda, etc. En el mismo territorio, sometidos a las mismas leyes, todos deben de ser iguales. La ciudadanía acepta la diferencia, no

- la desigualdad. La ciudadanía se origina en las ciudades, caracterizadas por la densidad, la diversidad, el autogobierno, las normas no formales de convivencia, la obertura al exterior... Es decir, la ciudad es intercambio, comercio y cultura. No es solamente urbs, es decir, concentración física de personas y edificios. Es civitas, lugar del civismo, o participación en los quehaceres públicos. Es polis, lugar de política, de ejercicio de poder. Sin instituciones fuertes y representativas no hay ciudadanía".
- Hobbes señala que el nombre varía según le guste o no a uno cada tipo de régimen político: lo que para sus detractores se llama oligarquía, es aristocracia para sus partidarios, tal como podemos hablar, según nos guste o no, de democracia o de anarquía, de monarquía o tiranía.
 - Académicos de la Universidad Católica han propuesto algunas ideas –a nuestro juicio algo tímidas y desprovistas de temperatura política– para dotar a la ciudad de Santiago de un gobierno metropolitano, optando por la figura de un gobernador (Tomás Chuaqui H. y Patricio Valdivieso F.: "Una ciudad en busca de un gobierno: una propuesta para Santiago". *Revista Ciencias Políticas*, Santiago, 2004, vol. 24, N° 1, pp.104-127.
 - Fernando Chueca Goitia, *Breve historia del urbanismo*, Alianza, Madrid, 1997. Tácito, *Germania*, en *Biblioteca Básica Gredos N° 91*, Madrid, 2001. En el libro I de su *Historia* (Gredos, Madrid, 2000), Heródoto describe con admiración a Babilonia, y en sus *Vidas* (El Ateneo, Buenos Aires, 1952), Plutarco narra con brio la transformación de Atenas a manos de Pericles.
 - Richard Rogers, *Ciudades para un mundo pequeño*, Gustavo Gili, Barcelona, 2000.
 - Benjamin Vicuña Mackenna es, lejos, la única figura que parece haber tomado en toda nuestra historia un rol político de gobierno activo de la ciudad de Santiago. Su entusiasmo lo llevó a asumir finalmente de modo personal el resto final de la deuda contraída por la Intendencia al remodelar el cerro Santa Lucía. Más detalles en *Santiago de Chile: (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, de Armando de Ramón, Sudamericana, Santiago, 2000
 - Véase: *Diccionario Metápolis arquitectura avanzada*, M. Gausa ed alt., Actar, Barcelona, 2001. Marc Augé, *Los no lugares*, Gedisa, Barcelona, 1993. Néstor García Canclini, *Imaginarios urbanos*, Eudeba, Buenos Aires, 1999. Rem Koolhaas, *Mutaciones*, Actar, Barcelona, 2000. La revista *Colors* ha editado varios números con material visual relevante sobre la vida urbana.